BRUJULA DE ACTUALIDAD

ESTUDIOS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA: Un libro del Prof. cubano José Arrom, por *Dámaso Alonso*.

Pertenece José Arrom (de nación cubano y actualmente profesor de la Universidad de Yale, en los Estados Unidos) a una generación hispanoamericana, que ya camina hoy desde la juventud a la madurez, formada por profesores e investigadores, que trabajan de una manera honesta, limitada, rigurosa; forman, más o menos, parte de ella hombres como los Méndez Plancarte en Méjico (uno de ellos arrebatado por la muerte); como, en la Argentina, Carilla, y entre los argentinos expatriados, algunas figuras ilustres: Angel Rosenblat (en Venezuela), María Rosa Lida de Malkiel (en los Estados Unidos), Raimundo Lida (en Méjico). A esta generación pertenecen más o menos, en las repúblicas del Pacífico, Roque Esteban Scarpa, en Chile, o Luis Jaime Cisneros, en el Perú, o Rivas Sacconi, en Colombia. Los contactos personales de muchos de estos hombres con la moderna escuela española de filología (escuela de Menéndez Pidal y de Amado Alonso) son conocidos; el influjo a través de los libros existe en todos ellos.

El caso de Arrom es algo distinto: este hombre cubanísimo, de inocultable, explosiva hispanidad, se ha formado totalmente en la universidad norteamericana. Conocido ya por su *Historia de la literatura dramática cubana*, ha reunido ahora varios trabajos en un volumen impreso en La Habana (1950) con el título de *Estudios de*

literatura hispanoamericana (1). Todo el libro es interesante. Quiero hablar aquí brevemente sólo de dos de los estudios reunidos, porque esta pareja me puede servir para ejemplificar dos aspectos que se dan en Arrom y que me parecen imprescindibles en el verdadero indagador de materia literaria.

Seguramente ninguno de estos estudios interesará en España tanto como el dedicado a *La poesía afrocubana*. Antes y después de Arrom, la poesía de negros o sobre negros cubanos ha llamado ya la atención de críticos e investigadores como Fernando Ortiz, Ramón Guirao, José Fernández de Castro, Emilio Ballagas, etc. Posiblemente el estudio de Arrom (que merecía crecer hasta el tamaño de libro) es, entre todos, el de mayor poder de clarificación y captación del lector. Arrom no solamente hace una historia concisa del tema desde la literatura del Siglo de Oro hasta nuestros días, sino que, como vive cordialmente dentro de él, lo potencializa con intuición profunda y múltiple. El valor imitativo del ritmo en poemas de Tallet, Ballagas y Guillén; la plasmación en la poesía de la profunda sensualidad del negro y la representación de la mujer desde su punto de vista; las imágenes preferidas y la expresión; el anhelo de rebeldía..., todo va siendo presentado ante nuestros ojos de un modo iluminado, y es porque Arrom está metido dentro del tema, lo respira y lo siente.

Desearía que en Cuba y en España se aclarara y discutiera lo que voy a decir. Habla basado en una primera impresión, y estas cosas hay que mirarlas despacio. Como antecedente y en parte determinante del florecimiento moderno de la poesía afrocubana menciona Arrom el interés que desde principios de siglo se desarrolla en Europa por lo negro. Creo que es necesario señalar además otro hecho: el descubrimiento de lo popular en literatura española *vivido desde dentro* (esto es lo esencial), como en los versos de Alberti y, sobre todo, de Federico García Lorca. Este descubrimiento tiene lugar en los años anteriores a 1925 y va dejando su huella en revistas de lo que entonces se llamaba en España «la joven literatura», revistas leídas y conocidas en Cuba. El interés de esta poesía por los elementos exóticos dentro de lo nacional (lo africano, lo gitano, etc.) es evidente. En fin, creo que la posición y el arte de Federico García Lorca es un elemento esencial en el despertar en 1928 de la poesía afrocubana. Es que el paso de Federico Gar-

(1) José Juan Arrom: *Estudios de Literatura Hispanoamericana*. La Habana, 1950. 163 págs.

cía Lorca por el mundo ha producido una serie de rastros folklóricos en el mundo hispánico; su huella, en España, ha caído ya definitivamente en manos de la teatralidad y del negocio.

Si en *La poesía afrocubana* hemos visto al historiador-artista, en el estudio sobre *El príncipe jardinero* podemos ver cómo se desenvuelve el escrupuloso investigador. (La comedia, de secundario interés desde el punto de vista estético, lo tiene muy grande para los cubanos por tratarse de su—digamos—*Auto de los Reyes Magos;* es decir, de la primera obra del teatro cubano.) Todo era oscuro en torno a esta comedia. Con absoluta exactitud, Arrom, a trancos seguros, va desembarazando el camino enmarañado: el aspecto bibliográfico queda grandemente enriquecido al encontrar una edición sevillana impresa entre 1730 y 1733; la cuestión del autor (que ha sido muy debatida en Cuba) se puede considerar ya resuelta, pues en la portada de esa edición se dice que la obra fué compuesta por «el capitán don Santiago Pita, natural de La Habana», y detrás de ese nombre Arrom nos descubre una realidad humana, al encontrar la partida de defunción (1755), con todos los rasgos (profesión, nombre, patria) que rezan en la portada del libro. Después Arrom se vuelve a la comedia misma y nos la va aclarando. Primero nos presenta una obra análoga y de coincidencia total en el título,*Il principe giardiniero* de un florentino Giacinto Andrea Cicognini (1606-1660). Luego demuestra la deuda que tiene Pita con el drama español. Arrom ha encontrado pasajes de Lope, de Calderón y de Moreto que ofrecen correspondencia muy próxima con otros del escritor cubano. El estudio de los posibles cubanismos fonéticos de la obrita, la consideración general de su valor estético y de su fama terminan este trabajo, que, no obstante la modestia del tema (y aun quizá por eso mismo), me parece un excelente modelo de ponderada y exacta investigación literaria. En efecto, los historiadores hispanoamericanos tendrían muchas veces, al estudiar la época colonial, que habérselas con obras de reducido valor; pero siempre son preciosos los primeros destellos de un espíritu; habrá, pues, que aplicar también a estos casos un método filológico riguroso. Por eso me parece ejemplar el estudio de Arrom sobre *El príncipe jardinero.*

Sólo una observación (que ha de ser superficial, pues no conozco el texto de la obra de Cicognini y no he leído la de Pita sino muy rápidamente en el manuscrito que Arrom tiene preparado para la imprenta). Las diferencias entre Cicognini y Pita son muy grandes, a juzgar por lo que Arrom dice. De otro lado, el tema del

príncipe jardinero (estudio que sigo hace casi diez años) (1), aparece en la literatura española con el *Primaleón* y tiene entre nosotros tal difusión, que ya Vélez de Guevara, ahitado, se burla de los príncipes disfrazados de jardineros, por considerarlos una plaga literaria. ¿Será Cicognini la fuente verdadera de Pita? Arrom mismo consigna sus dudas y sugiere la posibilidad de que ambas se basen en otra anterior. Desde luego, no parece dudable que Cicognini mismo es un producto de toda esa masa de literatura española esparcida con el éxito de nuestra novela caballeresca y nuestro teatro por el mundo.

La generación nueva de críticos e investigadores hispanoamericanos trabaja bien, como hay, antes que nada, que trabajar: sobre realidades y pormenores (porque el fin de la ciencia es la generalización, pero nada se construirá sólidamente si antes no se analizan hasta las hebrillas más pequeñas). A esa generación pertenece Arrom por derecho propio, con sus dos excelentes libros publicados. Muchos más y cada vez más intensos nos prometen su talento y su juventud.

Dámaso Alonso.
Travesía del Zarzal, s/n. (Chamartín).
MADRID.

(1) Ha de formar parte de los tomos aun no publicados de mi edición del *Don Duardos*, de Gil Vicente.

LO ESPAÑOL A TRAVES DEL LIBRO POSTUMO DE KARL VOSSLER, por *Ramón de Garciasol.*

DICE Vossler en una declaración capital de principio: *España forma parte de Europa, más aún que por su situación, por su historia. Geográficamente, podría también pertenecer a Africa* (1). Mas da la casualidad que la Geografía no condiciona, exclusivamente, la Historia, resultante de complejos. Si es falso que Africa comienza en los Pirineos, no lo es tanto decir que Europa comienza en España, ya que España es la primera Monarquía nacional que saca al viejo continente del atolladero feudal.

(1) Carlos Vossler: *España y Europa* (obra póstuma). Colección «Civitas». Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1951. 201 págs.

Por su costa mediterránea recibe España la influencia oriental que caracteriza su cultura y la diferencia del resto del continente. Es decir, nuestra singularidad, en términos de Américo Castro, es la creación de una entidad nacional unitaria trirradical: cristianos, moros y judíos. La observación de Vossler—a más de esa espina que nos deja con su inicial: *España forma parte de Europa*—, al margen de su problemática, es valiosa por tratarse de un germano. El *sustrato* último de España en otras interpretaciones, incluso españolas, es predominantemente germánico. Este aprecio de nuestra impregnación oriental lo sitúa Vossler en Goethe, quien ya dijo que el conocimiento de los poetas orientales aclara el de Calderón.

Las condiciones geográficas de la Península, asegura, hacen a los naturales *orgullosos y reservados* desde los tiempos antiguos. ¿No podría resultar que este sedicente orgullo español fuese, más bien, sentido de la personalidad? ¿Por qué considerar negativo lo que no sentimos o entendemos? ¿No resultará de ello una reducción del mundo?

Otras características: *austeridad, recelo y frugalidad de la población indígena,* frente a las artes exóticas, refinadas costumbres y vida disoluta de los primeros colonizadores, que buscaban su riqueza minera. *¡Con qué rapidez se habrían dedicado otros pueblos* CURIOSOS DE CULTURA (subrayamos nosotros al asombro o conmiseración vosslerianos), *como los celtas y los galos, a la imitación de las obras importadas!* ¿Es que el pueblo español no tiene curiosidad por la cultura? ¿Por superación o por suspicacia? ¿Es que la cultura consiste en productos visibles y audibles de posible imitación y exportación, o, quizá también, en un comportamiento personal en vista de un ideal trascendente? ¿No será que España opone frente al binomio cultura-técnica, cultura-ética? ¿No se ha producido una contrarresistencia extranjera frente a la resistencia española a la adopción de formas extrañas? Muchos nos explican diciendo que somos inexplicables, adoptando una postura nada racional. Claro que a esta postura negativa y simplista ha contestado Unamuno a lo ibérico. Pero toda intransigencia es producto de una debilidad mental, a no ser que, soberbiamente, se tenga la clave de la verdad, en cuyo caso es de ley ser intransigente. ¿Quién, en el mundo de lo intelectual y científico, se puede atrever, plenamente, a afirmar que posee la verdad?

Séneca, sigue Vossler, *dió a las letras latinas, tanto en verso como en prosa, un giro hacia lo reiterativo, hacia lo penetrante y profundo.* Lo mismo observa en Lucano, que *tomó, o heredó, mucho de la actitud sentenciosa, progresiva, enfática y estoica de su tío.* Para el profesor Vossler, también son características racialmente ibéricas el sentido de la realidad y el sentido de contradicción. En cuanto al realimo, la observación anterior es de Menéndez Pidal, a la que pone ciertos reparos Ortega, como hace notar.

Al hablar de Marcial, dice: *El sentido realista, gracioso, juguetón y algunas veces cruel de los epigramas de Marcial nos recuerda efectivamente el realismo tosco y descarado y el cinismo picaresco de los autores españoles barrocos y de fines de la Edad Media.* Aquí resalta caracteres que se contraponen al misticismo y al idealismo quijotesco. ¿Resulta España, desde siempre, un país contradictorio, al que es difícil hincar el diente, comprender o arrodillar? Y, sobre todo, ¿esto es malo o es bueno?

El estilo retorcido, patético y enfático que se atribuía y censuraba en Roma a los españoles es el que Quintiliano [otro español] *fustiga con singular crudeza*

y también el amaneramiento estilístico de Séneca. Y añade Vossler: *Así, en las reglas del buen gusto, lo hispánico se consideró* [lo ibérico] *como algo rudo y tosco, que era necesario pulir; mas lo sustancial, lo sólido en el hispano no fué menos eficaz y contribuyó inadvertidamente, por decirlo así, a la conservación y a la grandeza del Imperio romano mundial.* Esto es, ya se notaba que lo español consiste en una ultimidad celosamente guardada, en una introversión más que en una exhibición. Y conste que estamos filiando, no oponiendo ni tomando partido. Ya se encargará nuestro radical iberismo de hacerlo sin necesidad de conciencia alguna.

Al hablar del poeta Prudencio, inspirándose en una frase de Menéndez Pidal —el «tradicionalismo renovador», alcaloide de lo hispánico—, afirma Vossler: *Una historia más que bimilenaria demuestra cómo los españoles se mantienen fieles a los bienes culturales heredados durante más tiempo, con más intensidad y más pacientemente que otros pueblos, cuidándolos de suerte que acabe por surgir de ellos, sorprendentemente, un sentido nuevo.* Es decir, insistencia—con posible derivación inflexible: «mantenello, no enmendallo»—, frente a volubilidad, y también, en un aspecto más positivo, movimiento, cambio.

Otro rasgo español, según Vossler, consiste en la identificación de lo religioso y lo político: *La confusión de religión y política y tendencias análogas se manifiestan en todos los países de la tierra y en España son tan frecuentes y casi tan inevitables, que ha de pensarse si se debe a la situación y a la índole del país.* Y añade luego, sin pretensiones de dictar reglas: *Por lo general, puede considerarse la Península Ibérica—Península es término geográfico, aunque el iberismo le convierta en histórico, que va mucho de Península a península—como la región donde las divergencias religiosas suelen agravarse, blindarse dogmáticamente, convertirse en asunto de fuerza, hacer intervenir al brazo secular y resolverse de implacable y sangriento modo.* A esta rigidez e intolerancia—y Séneca y Vives son, a través de los siglos, los predicadores de la tolerancia, y españoles arquetípicos, para hacer resaltar más la contradicción—obedece, en opinión de Vossler, el que los judíos, forzados a abrazar la religión católica, única y oficial desde Recaredo, hiciesen causa común con los invasores mahometanos. ¿No será esta actitud judaica una explicación, ya que no justificación, de la expulsión de los judíos cuando se afianza el Estado español con los Reyes Católicos?

La invasión mahometana, y, por ello, la ruina del Reino visigótico, representó un gran peligro para Europa, cuya unidad se rompe con el acontecimiento. Por eso, la conciliación y fusión de la población hispana y la germánica representó un hecho providencial, en afirmación vossleriana. El mayor artífice de la fusión fué San Isidoro de Sevilla († 636).

Gracias a la profunda y fuerte fe, al espíritu firme de resistencia a la religión de Mahoma, no se produjo la unidad religiosa cristianoislámica, a pesar de la superioridad militar, las ventajas y seducciones económicas y las brillantes muestras de la cultura oriental de las gentes muslímicas. Seguidamente, si bien de modo más esquemático, menos preciso y hondo que en *España en su Historia*, del profesor Castro, Vossler trata análogamente del papel del Apóstol Santiago en la Reconquista.

El propio Vossler reconoce paladinamente, en la página 145 de su libro *España y Europa*, compuesto de 201 páginas, el carácter un poco libresco de su estudio, realizado sobre algunas obras o libros españoles, no sobre insti-

tuciones o formas vivas: *Hasta ahora solamente nos hemos ocupado de algunas comarcas y personalidades relevantes de la Península Ibérica o hemos tratado de España en su concepto de manzana de la discordia, botín y provincia de pueblos guerreros extraños. Nación civilizada, con carácter propio y destino formado por los mismos españoles, no lo fué hasta la época del Renacimiento europeo, aproximadamente hasta la unión de la corona de Aragón con la de Castilla en el año 1479.* Admitido el razonamiento vossleriano, España contaría con 472 años aproximadamente, a pesar de su bimilenaria experiencia históricovital. A partir de este instante, ya es posible fijar perfiles a lo hispánico. El más notable, conforme a la visión de Vossler, puede formularse así: *El modo de ser peculiar español reconócese, pues, primeramente, en que se segrega del resto de Europa y adopta una actitud reservada, cautelosa.* En el fondo, esta actitud, tomando palabras de Menéndez Pidal, obedece a «tradicionalismo», que aquí no es sistema político, sino misoneísmo, miedo a romper las ligaduras con el pretérito quedándose desarraigado. Según el profesor alemán, esto hace al español más activo que contemplativo, o sea más hombre de voluntad que de pensamiento. Y de ahí su escasa contribución a la ciencia.

Con la unidad política hispánica y la unidad lingüística, *ya hay una tendencia de conquista y de dominación en la lengua y en el tradicionalismo de los españoles, que no pudo desenvolverse prácticamente en los siglos de la invasión de los bárbaros, del Islam y de la Reconquista.*

Mas después de esto, aparentemente tan claro, Vossler, que no logra atar todos los cabos para darnos una imagen permanente de España, escribe: *Nadie imagine conocer verdaderamente a los españoles si no ha leído, o mejor, escuchado leer, algunos centenares de sus romances.* [Producto nacido a fines de la Edad Media «de la fantasía innata y de la emoción de combativa fe».] *Aproximadamente, todo lo que hasta ahora ha sido señalado como peculiaridades españolas, el tradicionalismo, el acento y el ritmo castellanos, el celo religioso y guerrero, el activismo fanático y la tendencia a la dominación universal, todo esto, es en los romances en donde primeramente se expresa.*

Al hablar del humanismo renacentista, sintetiza, con todo el peligro de las síntesis: el español se dedica con más gusto a Dios y al prójimo que al estudio de la Naturaleza..., y de ésta le impresiona lo maravilloso con más intensidad que lo natural y corriente. Por eso estima menos en el ser humano lo natural y corriente, y busca lo sorprendente, lo fantástico, lo sobrenatural. Entonces, ¿dónde queda el famoso realismo español? ¿Cómo explicar con la misma calificación el *Quijote* y el *Lazarillo?* ¿Quizá va el español al humorismo por desesperación, y de ahí su crueldad?

Como dato final para explicarnos, Vossler plantea esta especie de dogma: *Algo, por cierto, ha descuidado siempre la política española o no lo ha sabido sentir nunca: la cuestión económica. Plena prosperidad económica no ha gozado este pueblo ni cuando le pertenecía medio mundo, en el siglo XVI, y, en cambio, en la segunda mitad de ese siglo tres veces hizo quiebra el Estado. Como en su mentalidad siente más lo maravilloso que lo material, en su obrar y querer tienen más valor la guerra que el trabajo constante, la aventura que el comercio, el poder y el honor más que todas las riquezas.*

Mas cuando el libro va a entrar en el terreno que ofrece el título, se corta

la obra. Ignoro si esto sólo obedece a la fatalidad de la muerte de Vossler. España—mejor, lo español, los españoles—es algo de lo que ha dicho. Pero ¿qué es Europa? ¿En qué relación están ambas entidades? ¿O es que Europa es el *a contrario sensu* de España?

El libro de Vossler, aunque más circunscrito al monumento literario o filológico, cala bien en algunas características diferenciales nuestras—no digo vicios ni virtudes, dado que los juicios éticos no tienen cabida en lo que no es obra de libertad, en el ser a pesar suyo—. Le falta un capítulo donde, tras definir, resalten las diferencias, que convendría saber si son complementos o incompatibilidades. Lo que se nos da es, en líneas generales y someras, la aportación peculiar española al pensamiento, a lo largo de su historia. Y concluye con un capítulo que tiene las líneas que copiamos, bajo una raya de puntos que nos indica su carácter trunco: *Si, por consiguiente, la España del Renacimiento, del Barroco, de la Contrarreforma y del Imperio ha sido hoy relegada a segundo término, es todavía, en otra forma, según me parece, vital y fecunda; más aún: imprescindible para la conciencia de nuestros días. Por su historia y su ideología, por su literatura y su arte, por la nostalgia y añoranza que nos hace sentir, hemos de concluir que esta nación señoril, que esta maravillosa España, no puede morir. Y esto demuestra que no hemos comprendido aún suficientemente lo que en su pasado quiso y de lo que era capaz.*

R. G.

NOSOTROS, LOS DE LAS AMERICAS, por *Manuel Fraga Iribarne.*

Este libro, que hoy sale en edición española (1), sigue siendo, no obstante, un gran manifiesto de un hispanoamericano para norteamericanos, como en la edición inglesa de 1949; y el nuevo prólogo no hace sino ratificar las tesis anteriores. Carlos Dávila, gran periodista, embajador de Chile en los Estados Unidos de 1927 a 1930 (poco antes de su período de triunviro y los ochenta y ocho días de su fugaz presidencia en 1932, en la que experimentó su plan de «socialismo sano» hasta que fué liquidado por un alzamiento) y representante de su país en la U. N. R. R. A. y en la Comisión Económica de la O. N. U., conoce perfectamente la mentalidad norteamericana y la forma mejor de presentarle los problemas interamericanos; y desde este ángulo hay que valorar este libro, en lo que dice y en lo que no dice.

(1) Carlos Dávila: *Nosotros, los de las Américas.* Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1950. 407 págs.

El autor arranca de una declaración de fe en los destinos de América, como continente destinado a realizar una superior versión de la civilización y de la sociedad. Debe mantenerse la esperanza en un «Nuevo Mundo», siempre joven y (como diría Ernesto Laorden) SIN PECADO ORIGINAL; los americanos deben evitar lo que el también chileno Encinas llama el peligro de *ser arrastrados en la descomposición senil del Occidente antes de haber cumplido su ciclo vital.* A partir de este punto de vista, el autor señala la urgencia de este peligro: en el siglo XX, que *se perfiló como el siglo americano,* son muchos los interesados en explotar a la joven América, en mezclarla en problemas que no son suyos: después de dos guerras mundiales resulta que *recibimos una América joven e inmune, pero ahora se ha envejecido y contaminado.* Y cara al porvenir, sonda el peligro de la prodigalidad del Plan Marshall y ayudas semejantes, a cuya costa las viejas potencias coloniales están levantando una Euráfrica que, con su mano de obra barata y sus producciones paralelas a las de Hispanoamérica, preocupa especialmente a Dávila, con tendencia a no ser menos autárquica y antiamericana que la Eurasia organizada por el comunismo ruso-chino.

El autor no cree en el éxito de la política de Santa Claus norteamericana y comenta irónicamente que el *vae victis* se haya convertido en un *vae victoribus.* A su juicio se están olvidando por Norteamérica los principios más elementales de la prudencia política en general, y en particular de la específicamente acuñada por América en el siglo XIX: la doctrina de Monroe y el panamericanismo. Dávila defiende aquélla (págs. 235 y sigs.) proponiendo su restablecimiento en sus propios términos: no solamente no intervención europea en América, sino igualmente no intervención de América en Europa, de donde no le pueden salir sino quebraderos de cabeza.

A su vez, el autor nos confiesa que ha abrigado *siempre la convicción de que un panamericanismo alerta, competente, es la mejor protección de las Américas y el único camino posible para la seguridad de los Estados Unidos.* A su modo de ver, *el panamericanismo no es una mezquina cuestión de nepotismo o de preferencias locales: es toda una filosofía de la vida, a más de ser una política de interés propio* (pág. 252). Ahora bien: este ideal está por realizar: de 80 tratados y convenciones firmados en las Conferencias Panamericanas, sólo uno ha sido ratificado por la totalidad de las Repúblicas (el Código de Sanidad de 1924); con razón esti-

ma Dávila desmedrado este fruto de *todo este laberinto de conferencias panamericanas, convenios, reuniones, declaraciones, cartas y pronunciamientos* (pág. 277): *ninguna ilustración mejor da la falta de fe en el valor efectivo de los pactos panamericanos* (íb.).

El panamericanismo será inoperante, concluye Dávila, mientras no se llegue a *una organización hemisférica, política, militar y, en especial, económica, capaz de bastarse a sí misma y defenderse por sí sola* (pág. 285). En particular, hay que reconocer el fracaso del panamericanismo en lo económico, y abandonar los actuales errores: *primero*, EL APROVECHAMIENTO MÁS LIMITADO DE RECURSOS ILIMITADOS; *y segundo*, NO INTEGRACIÓN ECONÓMICA INTERAMERICANA (pág. 49). El fracaso del Banco Interamericano de 1940 no debe repetirse; ni es posible continuar la política norteamericana de comprar, v. gr., caucho en Extremo Oriente y cacao en Africa, mientras los mismos productos hispanoamericanos siguen sin «débouchés»; pues los únicos beneficiarios serían una Eurasia comunista y planificada y *una nueva Europa nacional-socialista*, apoyada en Africa.

Dávila concibe *un Nuevo Mundo económica, política y militarmente integrado, autosuficiente y protegiéndose mutuamente de polo a polo*, dentro de *una Federación Mundial organizada sobre base* REGIONAL (pág. 397). Pide para los representantes riospanamericanos el honor de haber creado en San Francisco (a través del artículo 1.° de la Carta) el instrumento jurídico de esta autonomía regional, frente al INTERNACIONALISMO puro y simple, que juzga inoperante, y al que acusa de convertirse *en antítesis del americanismo en vez de ser su afirmación*, y de lanzar a los países americanos *al mimetismo y la rendición* (dicho sea de paso, resulta muy interesante cotejar esta crítica con la similar, pero desde un punto de vista europeo, que realiza Carl Schmitt en «Der Nomos der Erde»; mi recensión en la «Revista Española de Derecho Internacional»).

El autor observa a este respecto un mayor «americanismo» en el Sur que en el Norte: *el hecho curioso*—dice—*es que en el momento mismo en que los Estados Unidos empiezan a mostrar síntomas de ser abrumados por el peso del pensamiento europeo, la América latina, que antiguamente estuvo tan europeizada, comienza a desenredar su cultura de la del Viejo Mundo* (pág. 233). Por otra parte, él no ve peligro para Hispanoamérica en imitar muchos de los ideales del Norte: niega que el pragmatismo y el capitalismo norteamericanos sean *materialistas;* afirma que hay más autén-

ticos materialistas en el Sur (pág. 231), y cree que Yankilandia va por el camino de realizar la verdadera sociedad sin clases, en contraste con la deficiente organización social de las demás repúblicas *(la principal acusación que puede lanzarse a los terratenientes, las plutocracias criollas y los jefes políticos que pasaron a dominar en la América latina después de la independencia, no es que hayan logrado perpetuar un sistema en que tenían todas las ventajas de su parte, sino que lo hubieran empleado tan mal,* dice en pág. 323), que da lugar al florecimiento de las más violentas doctrinas revolucionarias *(en relación con sus respectivas poblaciones, hay más comunistas en el Brasil, Cuba o Chile, que en Rusia,* pág. 318).

Dávila estima que la razón fundamental del fracaso del panamericanismo estriba en el desfasamiento entre las dos Américas, la hispánica y la sajona. *Durante varios siglos, el éufrasis del progreso y desarrollo estuvo en el Sur; luego pasó al Norte, y ahora está nuevamente hacia el Sur* (pág. 40). Después de realizar una ponderada valoración de la obra de España en América, cuyos dominios, a fines del siglo XVIII, eran tan superiores a los anglosajones, lo mismo en lo económico que en lo cultural (por más que en la página 307 haya un *lapsus* sobre *la desalmada explotación de los naturales)*, estima que el haber fallado la Unión de las Repúblicas Iberoamericanas, preconizada por Bolívar, no sólo puso a éstas en condiciones de permanente inferioridad, sino que, debido a ello, *el panamericanismo no fué nunca una fuerza mundial centrípeta, jamás llevó la dirección* (pág. 44). La hegemonía estadounidense tomó así un ritmo agresivo, no trató a los otros países de igual a igual, y creó amplias zonas de resentimiento hoy difíciles de superar, y, por otra parte, *los estados desunidos de la América latina demoraron el ritmo del progreso continental, enriqueciendo quizá el mosaico de América, pero contribuyendo, sin embargo, a hacer del Hemisferio Occidental el grupo que conocemos de países asincrónicos, sin rumbo, zigzagueante, de intereses opuestos* (íb.).

Esta es la parte más sólida del libro: se diría que el autor ve mejor los medios que los fines últimos. Porque ni es probable que en el mundo interdependiente de hoy ningún sistema regional sea «autosuficiente», ni tampoco que pueda haber verdadera comunidad basada en los nuevos intereses, pues lo que une no es la economía ni los tratados, sino la carne y la sangre por un lado y el espíritu por otro. Pero el primer paso está bien apuntado: comunidad hispánica de naciones, con la que todos querrán—y deberán—dialogar.

PRIMER CONGRESO IBEROAMERICANO DE SEGURIDAD SOCIAL.

Si bien ha podido decirse que la Seguridad Social es un molde ideal de justicia, no es menos cierto que es el gran problema de nuestro tiempo. Superados los estrechos cauces por los cuales discurrieron a principios del siglo los regímenes de Seguros Sociales, hoy los Estados se percatan de que el hombre de nuestro tiempo, rodeado de los prodigios de una civilización floreciente, está más desvalido y menos seguro de sí que el hombre de otras épocas. El progreso y la técnica le han hecho empequeñecer, hasta desaparecer la individualidad y adquirir caracteres alarmantes de un colectivismo que al agrupar al hombre le socializa.

La preocupación del Estado por estos problemas es abocar a soluciones en que, supervalorando el papel del trabajador, le estimule y ofrezca, en suma, una igualdad de posibilidades.

Un intercambio de ideas y la conclusión de convenios internacionales resultaría sumamente conveniente para todos los países en los que el afán de justicia social, de bienestar y salud del pueblo trabajador, ha prendido y se ha desarrollado con más ímpetu. Por entenderlo así se ha convocado el I Congreso Iberoamericano de Seguridad Social.

El Instituto de Cultura Hispánica, como órgano coordinador entre los países de Iberoamérica y España, hizo un llamamiento a los altos Organismos de la Seguridad Social Iberoamericana, y éstos, respondiendo de una manera entusiasta al espíritu que animó la llamada, han concurrido y aunado sus iniciativas en tal manera que los frutos del Congreso serán múltiples y eficaces. El Instituto Nacional de Previsión, el Servicio de Mutualidades y Montepíos Laborales, el Instituto Social de la Marina, la Universidad española, el Servicio de Reaseguros y Accidentes del Trabajo y la Delegación Nacional de Sindicatos estuvieron presentes, constatando, una vez más, la misión que nos mueve.

Sobre tres puntos centrales se ha desarrollado la actuación de este Congreso, en el que han participado representantes de todos los países iberoamericanos, Filipinas, Haití y miembros observadores de algunos países europeos. Los temas objeto de estudio fueron:

1.º Experiencia y orientaciones de los Seguros Sociales en los países iberoamericanos, tema que ha dado ocasión a que las Delegaciones de los países participantes en el Congreso, algunas representadas por los ministros de Salud Pública y Previsión de su país, informaran ante el Pleno de las características más notables del régimen de Seguros Sociales en sus respectivos países, e incluso la demostración de cómo en muchos aspectos España ha informado los principios que rigen estos regímenes.

2.º Conveniencia de establecer tratados de seguridad entre los países iberoamericanos. Tema éste de tan extraordinaria importancia que por sí solo hará fracasar o, por el contrario, hacer pervivir al Congreso si sus conclusiones tienen una realización práctica.

3.º Organización de los servicios médicos en los diversos Seguros Sociales. A este respecto es de destacar las conclusiones adoptadas por la Comisión Tercera, que establece el Seguro Obligatorio de Enfermedad como la expresión

práctica de la Medicina social, para lo cual se requiere: *a*) Un personal técnico sanitario competente y compenetrado en dicho aspecto de la Medicina; *b*) necesidad de una adecuada descentralización de actividades y responsabilidades, y *c*) dar la máxima calidad a las prestaciones médicas. Tales son, en síntesis, las ideas que han presidido los trabajos de la Comisión Tercera.

Muy de destacar son asimismo los trabajos de la Cuarta, que abarcaba diversas materias. Sus conclusiones, eficazmente defendidas en un pleno por don Antonio Lleó, demuestran cómo la laboriosidad y la compenetración han podido en pocos días lograr una tarea de síntesis y estructuración. El salario vital familiar, la consideración de la escuela como instrumento primario de la Seguridad Social, la preparación del futuro hombre en la educación social y la previsión, la unificación de los campos de aplicación de los Seguros Sociales, la unidad en el sistema reparador de los accidentes del trabajo y de las enfermedades profesionales, etc., junto con dos recomendaciones de los señores Lleó y San Fulgencio sobre aportaciones, demuestran cómo esta Comisión ha sido, pese a su cualidad de «cuestiones diversas», uniforme en su manera de actuación y eficaz en sus conclusiones.

Además de estos temas se estudió el procedimiento para elaborar un léxico común a todos los países de lengua española para las leyes, reglamentos y estructuraciones relativos a la Seguridad Social. En esta tarea colaboró la Real Academia Española, y, en representación suya, don Julio Casares informó ante el Pleno.

He aquí a grandes rasgos cuál ha sido el plan de trabajo de este Primer Congreso Iberoamericano de Seguridad Social, que ha sido posible llevarlo a cabo por el esfuerzo de cuantos han asumido su dirección, pero especialmente por la actividad de su presidente, don Luis Jordana de Pozas, y del Secretario, don Carlos Martí Bufill. Ellos supieron aunar esfuerzos e iniciativas, voluntades y experiencias, y hacer posible que durante doce días cerca de trescientos congresistas de todo el mundo hispánico viviesen no sólo la realidad del ambicioso plan de Seguros Sociales llevado a cabo en España, sino que también los españoles participaran en sus problemas y sus experiencias.

S. M.

ULTIMA HORA DEL ARTE EN PARIS: MIRÓ-PICASSO-MATISSE-BRAQUE-CHAGALL-ROUAULT-LÉGER-BAZAINE, por *Carlos Ferreira.*

No es poca cosa encontrarse, al llegar a París, con esta exposición que con el nombre de *Sur quatre murs* presenta la Galería Maegth. Grata sorpresa, que aumenta al comprobar que los dos nombres más importantes, en función de la calidad de la obra expuesta, pertenecen a dos hombres de España: Juan Miró y Pablo Picasso.

Completan el conjunto de maestros del arte moderno presentado por la gran Galería parisiense, Braque, Matisse, Rouault, Léger, Chagall y Bazaine. Todos presentan obras de grandes dimensiones, que oscilan entre los 5,93 metros (mural de Juan Miró) hasta 0,95 metros (Braque), con dignidad y empaque que hacen pensar en una verdadera edad de oro de la pintura contemporánea. Creemos sinceramente que en este momento Maeght cuelga de sus muros algunas de las obras más importantes que se han producido en la primera mitad del siglo xx.

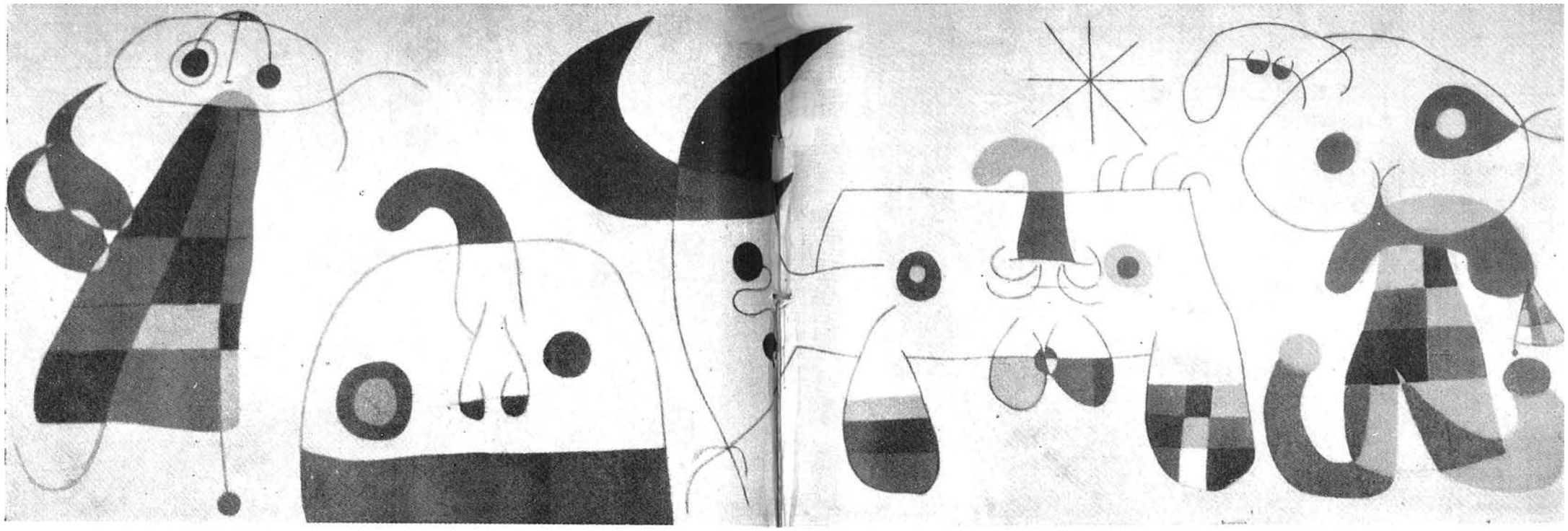
Las de esta exposición singular producen por su fuerza, por la vitalidad de sus creadores y por el amplio horizonte que tras ellas se percibe, la sensación de estar contemplando un noble y gran torneo artístico, donde acuden los artistas con sus mejores obras y en el que precisamente son los dos maestros españoles los supremos paladines de la actual plástica mundial.

En esta justa de la pintura moderna, el creador más brioso, más puro y el que con conceptos más nuevos se presenta en la Galería Maeght es, sin duda, Juan Miró. La tela del pintor tarraconense—conocida por nosotros en su taller de Barcelona y que nos había emocionado por su grandiosidad—representa una acabada síntesis de lo que debe entenderse hoy por creación pictórica. En la exposición que comentamos, dice lo mejor: cómo debe ser una pintura mural. Cumple como ninguna otra su misión de gran pintura. Se la siente incrustada en el muro rompiéndolo y abriendo el hueco de la última ventana por la que hoy se puede asomar la inquietud espiritual del hombre de hoy al nuevo mundo de la pintura. Este hombre, que pinta con la pureza de un primitivo poseído de la mentalidad de nuestros tiempos, nos da en su composición colosal la lección de cómo se debe llegar hoy al arte: con pureza consciente.

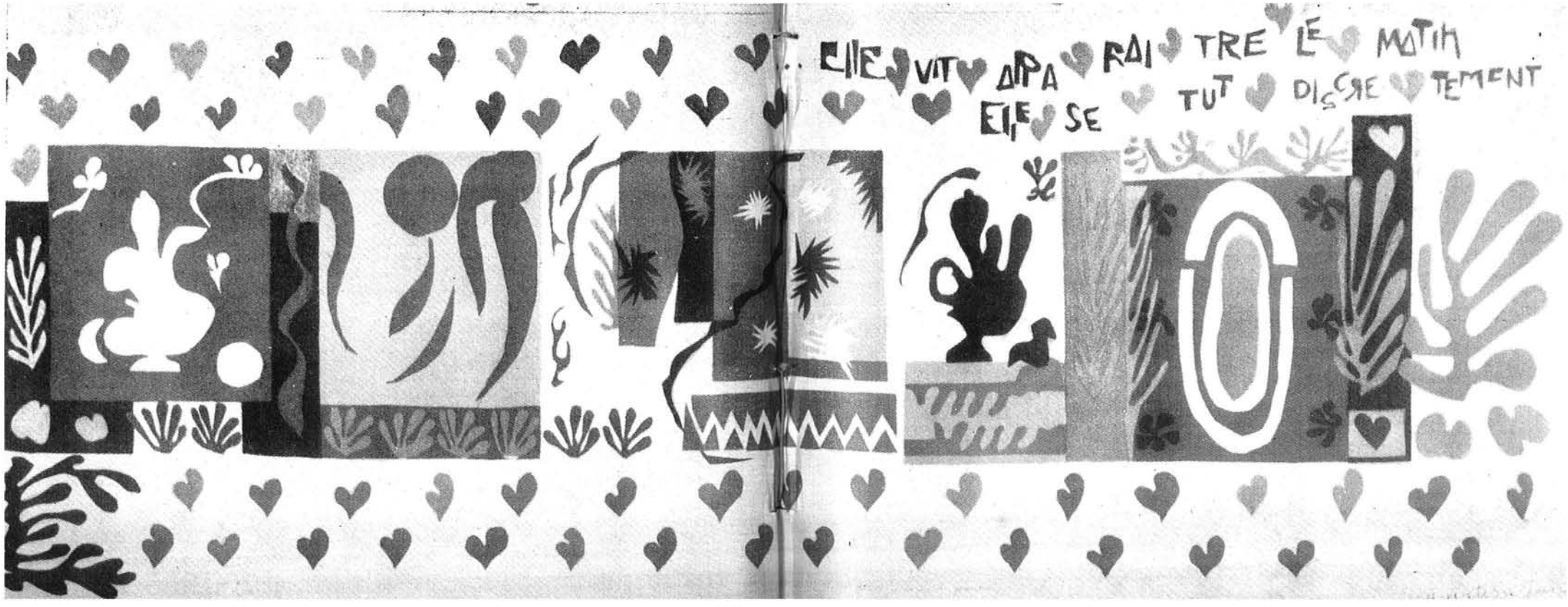
* * *

CHAGALL

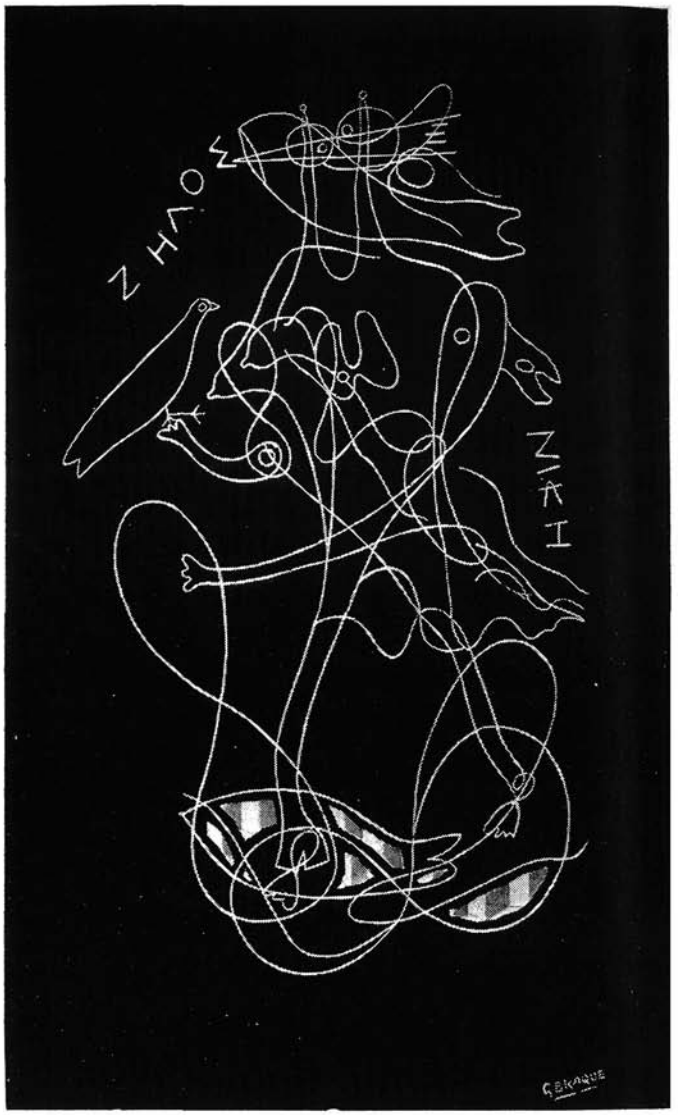
PICASSO



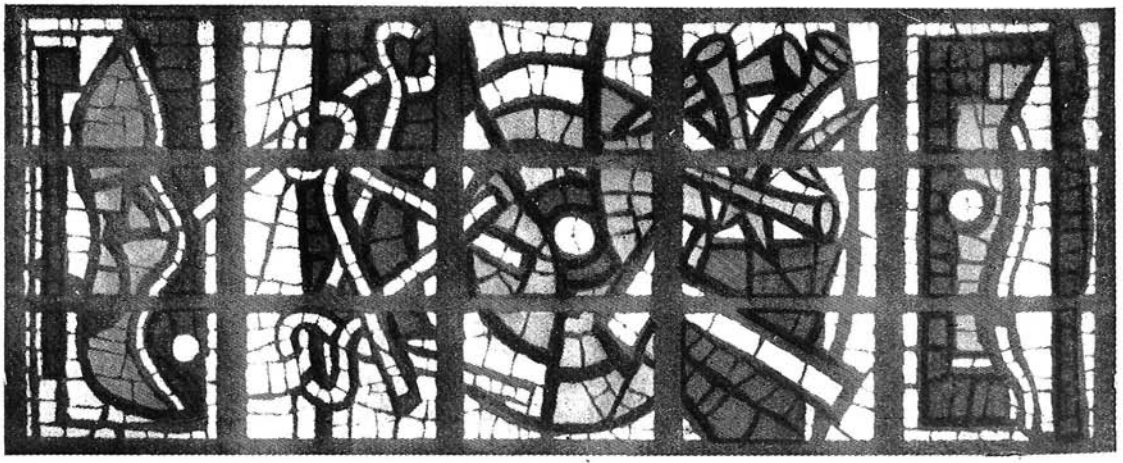
MIRO



BRAQUE



LÉGER



Picasso, en su «papier colle» *La toilette*, se presenta probablemente como el más auténtico Picasso. En esta obra, nuestro pintor andaluz emplea exclusivamente el papel. Papeles de empapelar paredes componen la materia de este cartón para un tapiz de 4,50 × 3 metros. La composición, clásicamente picassiana, tiene la grandeza de sus mejores obras. El dibujo, de auténtica factura, es lo que podríamos llamar prototipo de la «grafía Picasso». Ante la obra del pintor malagueño, tan densamente humana, tan espesa y tan racialmente española, no podemos concebir que exista en la actualidad nadie capaz de resolver, con tan míseros materiales y en la dimensión colosal de este cartón, una obra de tal altura.

El tema de la composición nos adentra inmediatamente en cualquier casa española; todo el grupo tiene ese aire íntimo y deliciosamente feliz del acicalamiento de la mujer española y, más aún, andaluza. Los tierras y azules de los papeles; las manchas negras de los cabellos, que parecen bañadas en aceite de olivas, y hasta el recato que aun coexiste en el arreglo personal de la mujer hispana..., hacen resaltar en esta composición la austera belleza que ha caracterizado los mejores momentos de la gran pintura española; nosotros hemos observado ante el «collage» de Picasso cómo se prolonga hasta París el Museo del Prado.

* * *

Junto a los dos pintores españoles, son Matisse y Braque, maestros de la pintura francesa moderna, los que completan con su calidad la muestra de la sensibilidad alcanzada por la pintura contemporánea.

Matisse, con su obra *Las mil y una noches*, en papeles recortados y compuestos en un delicioso «collage», se acerca sorprendentemente al concepto de arte abstracto. Sin perder la manera decorativa (en el buen sentido pictórico), su riqueza de color brilla en esta composición de forma fulgurante; sus trozos de papel parecen esmaltes riquísimos. Este lujo cromático corresponde perfectamente al orientalismo del título de la obra. Igual ocurre con su dibujo, puro arabesco que hace pensar en las tapicerías del Oriente.

Frente a la obra de este pintor, tanto en situación dentro de la Galería como en línea pictórica, se encuentran los tres tableros de escayola, pintados en negro y grabados por Georges Bra-

que, destinados a decorar la biblioteca de madame Filix Bastier. Los titula el autor *Sao*, *Heracles* y *Zelos*. Sus títulos sugieren la Grecia, y, en efecto, ante las tres planchas nos sentimos seducidos por la misma gracia que se desprende de los vasos griegos. Es francamente emocionante sentir cómo el viejo maestro del cubismo nos acerca a la Grecia clásica tanto como un friso del Partenón. Su arabesco, insensiblemente, nos traslada por un hermoso camino desde su mejor hora cubista a la de Praxiteles, y es tan justa y fresca la línea y tan melodiosa su composición, que se piensa, ante las tres obras de este pintor, si no habrá guiado su mano una «Korai» escapada del Louvre.

* * *

Nada nuevo nos dice Marc Chagall y Georges Rouault dentro de su ya conocido camino. Las dos telas del primero, *Le cirque* y *La danse*, ejecutadas para el Watergate Theater, de Londres, son en su composición y color dos ampliaciones de cualquiera de sus múltiples y conocidas últimas obras.

En Rouault se aprecia una monótona continuidad que, dentro de su calidad plástica, parece resentirse algo de un encostramiento que la hace parecer desplazada de la tónica que prevalece en esta exposición. Sus dos obras: *La clown blessé* y *La petite famille*, ejecutadas hacia 1930, se repiten con demasiada frecuencia, con perjuicio de entrar en una próxima fase de saturación y en un formulismo peligroso. Quizá las dos tapicerías realizadas sobre estas pinturas hubiesen representado más realmente a Rouault, ya que consideramos esta técnica como la más adecuada a su expresión artística.

* * *

Hemos dejado para el final de esta rápida impresión de la Exposición Maeght a Ferdinand Léger y a Jean Bazaine.

Decíamos al comenzar que, a nuestro juicio, se exponen en esta Galería algunas de las obras más importantes producidas en el medio siglo. En efecto, junto a las definitivas de Miró y Picasso, cabe agregar las representadas por los conjuntos de vitrales y mosaicos que están ejecutando estos dos artistas para la iglesia del Sagrado Corazón, de Audincourt.

De Léger se exponen las maquetas de los diecisiete vitrales que

realiza sobre el tema de la Pasión, y un fragmento a tamaño definitivo de uno de éstos, titulado *Instrumentos de la Pasión*. Todos ellos ocuparán una superficie de 170 metros cuadrados. Y aquí el gran problema para el comentarista, pues, si difícil es traducir a palabras la belleza que encierra una pintura ante un vitral, en el que intervienen, además de todos los elementos de aquélla, la función que la luz tiene en su constante movilidad, realmente ante una obra de este tipo nos encontraremos sin medios de expresión para poder definir las sugerencias que en el orden de la belleza plástica pueda decir tal clase de creación. En este caso, los vitrales de Léger no pueden ser más que, a lo sumo, descritos. La riqueza policroma fundida en un vidrio, que hace espesar la luz hasta crear una atmósfera auténticamente pictórica dentro del recinto que cierran estos vitrales, hermana esta obra con las más ricas vidrieras de las catedrales góticas. Las composiciones, de una sobria estilización, que llegan a rozar las formas puramente abstractas, tienen un concreto sentido de plástica religiosa, magnífico ejemplo del camino por el que debe discurrir una creación artística católica que pretenda ser continuadora de la que floreció en los más bellos tiempos de la Iglesia cristiana.

En esta gran obra que en un futuro próximo será la iglesia del Sagrado Corazón, de Audincourt, y para la que Juan Miró ejecuta los vitrales del baptisterio, colabora también con otra de las geniales creaciones presentadas en la Galería Maeght el gran mosaísta Jean Bazaine. El fragmento expuesto, a su tamaño (2,90 × 2,80 metros), y sobre el tema del Sagrado Corazón, es parte del gran mosaico de 14,25 × 2,85, destinado a la fachada de la iglesia. Está ejecutado en materiales (que por su calidad recuerda a la de las llamadas «piezas duras», y los tamaños de éstas, que oscilan de los 10 a los 30 centímetros cuadrados) que producen una gran sensación de suntuosidad. De colores brillantes, repartidos en formas que componen en su totalidad otro mosaico de superficies más extensas, producen una doble sensación estructural en su inexcusable función arquitectónica, que este tipo de arte debe cumplir dentro de su condición de elemento decorativo del edificio.

Carlos Ferreira.
Acuerdo, 33.
MADRID.

POESIA INDIGENA EN CUBA (1), por *J. L. López-Cid.*

CUBA, el último corazón pequeño amputado a España, dejaba de latir con nosotros. No sé si lo habíamos exprimido demasiado y acariciado poco: me temo que sí.

La historia política no me interesa; pero este nacionalismo rudimentario —el criollismo—suena a huracán desde su nacimiento: es el mismo espasmo —menos trágico, sin duda—de la irredención italiana, y de raíces menos populares. Hay un tono romántico en los hechos de la independencia de Cuba; pero la sustancia romántica obra más intensamente luego, cuando se procura una motivación indigenista, ya en nuestros tiempos, en parte como disculpa ante España, y en parte para defenderse del imperialismo americano. Mas, ni aun así: el fracaso de una Hispanoamérica nacional se enmascara en una Hispanoamérica social. Y no quiero decir que América haya nacido para colonia, sino que, muchas veces, desmaya en una personalidad falsa, y la canta.

Estos momentos de la historia americana son estudiados por José Luis Varela en dos magníficos ensayos. El hirviente Martí, hijo de levantino y canaria—una de las mezclas más antillanamente posibles—, centra el *Ensayo de una poesía criolla.* Martí, empapado en frenesí y en melancolía, nervio sensible de la insurrección, no siempre había rimado a caballo. La suya es de esas vidas que precipitan el paso del tiempo. Es poeta y va a morir joven. La sugestión campoamoriana le alcanza en seguida; luego Bécquer, Emerson y la poesía civil envolviendo una voluntad criolla: la pasión de vida inseparable de la pasión poética.

Hay un modo de animar la Historia que José Luis Varela domina magistralmente, haciendo resonar la época entera a veces en una noticia casi banal. Toda la complejidad políticocultural del criollismo—aun densamente sentido para no ser ya problema—se desmenuza en el ensayo. La figura literaria y humana de Martí aparece en él a plena luz, como se aparecería en la manigua soleada; apuntan los recuerdos y las anticipaciones: aquel trozo del *Diario* —tan vivo y tan plástico—pesa, sin duda, en el *Tirano Banderas,* como el *Tirano* en ciertas páginas recientes de Ramón J. Sender y de Miguel Angel Asturias.

El segundo *Ensayo de una poesía mulata* se refiere al otro momento, al indigenista. Es Vélez Herrera, en 1833, quien levanta al siboney héroe literario. Después el indigenismo crece y, por una superposición absolutamente culta, se vuelve «negrismo». El negrismo ha nacido en los Estados Unidos, y el primer negrista de gran estilo, antes que Frobenius y que Picasso, es el músico Dvorak—europeo, desde luego—, con sus *Negros espirituales.* Pero a nosotros nos importa sobre todo la incidencia de lo negro en lo blanco, que produce lo mulato: es decir, Cuba.

Lo mulato es un gran hallazgo, justificación de orígenes; y la mitad de ese origen es España. Por eso «a la poesía mulata debemos en gran medida la vuelta a lo español», como dice José Luis Varela.

---

(1) José Luis Varela: *Ensayos de poesía indígena en Cuba.* Colección «Santo y Seña». Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1951. 120 págs.

La moda de lo negro llega a Cuba y se hunde en su sima étnica. Lo negro, postizo en otros climas, se desprende aquí de la coreografía y se queda desnudo, elemental, oficiando en el rito yoruba-vodú. ¿Podía ser este trepidante fondo africano la explicación extrema? Lo parece un tiempo. Pero los negros también quedan al alcance de la mano en la historia del país, y el engaño cede: hay que invocar al abuelo blanco del poema de Nicolás Guillén. Aquí, en la mezcla mulata, está al fin, cantando, gritando, la originalidad de Cuba.

El encanto de los ensayos—verdadero y fino perfil de ensayos—reside a la vez en su concentración y en su diversidad. La capacidad integradora de José Luis Varela deja viviendo en torno al tema principal una lluvia de motivos que nadie esperaría encontrarse, pero que no están fuera de su sitio. Este gran libro español llegará a Cuba como la voz de un amante nada ciego.

SITUACION ACTUAL DE LA FILOSOFIA EN HISPANOAMERICA, por *Alberto del Campo Mañé.*

El nacimiento y continuo desarrollo de revistas, editoriales, sociedades y centros de enseñanza filosófica en toda Hispanoamérica ha llegado a crear un cuerpo filosófico de insospechadas y prometedoras dimensiones.

Estas actividades, aunque continuación de una pequeña tradición, ofrecen un desarrollo tan repentino, que son inequívoca señal de una nueva vigencia social: la necesidad que sienten los pueblos americanos de hallar su propio ser y de elaborar una auténtica filosofía que, con idénticos derechos a los de su literatura y a los de su arte, pueda llamarse «americana».

Aunque tal vez prematuramente, cabe preguntarse por los resultados de búsqueda tan empeñosa, y la cuestión será entonces saber si se puede actualmente hablar de una filosofía hipanoamericana, del mismo modo y con los mismos derechos con que hablamos de una filosofía francesa, italiana, alemana...

Sin presuponer la existencia de una filosofía, lo primero que debemos hacer es orientarnos hacia los caracteres, condiciones y posibilidades del pensamiento hipanoamericano. De este modo, sin prejuzgar sobre la existencia de dicha filosofía, nos instalaremos al cabo en el campo donde, de existir, debe aparecer dicha filosofía,

pues serán las condiciones para que una filosofía hispanoamericana aparezca como tal.

De este modo no estaremos abocados a la paradoja de buscar los caracteres de una filosofía sin saber si de hecho existe. Sabremos así si una filosofía que pretenda presentarse como americana es tal, o si es un simple trasplante de una filosofía foránea.

Obtendremos al par la ventaja de que, aun en el caso de una respuesta negativa, habremos hallado unos caracteres que, debidamente movilizados, apuntarán como a un centro ideal lo que debe ser o lo que será la filosofía que pretenda presentarse como hispanoamericana.

Puestos a investigar las notas que han caracterizado siempre al pensamiento hispanoamericano, cabe reunirlas en dos grupos: de un lado, los rasgos dependientes del nivel histórico en que esos escritos fueron pensados; y de otro, aquellos rasgos que parecen señalar caracteres más permanentes, especies de experiencias vitales primarias donde necesariamente tiene que arraigar todo lo que pretenda asimilarse e integrarse en el pensamiento americano.

Estudiemos siquiera sea brevemente el primer grupo.

El carácter que en una circunstancia determinada tenga el pensamiento depende, por una dimensión esencial, del nivel histórico en que se desarrolla dicho pensamiento. Y esta relación no dependerá tanto de los temas tratados cuanto del enfronte mismo del pensador a sus objetos y a sus temas. En cuanto se refiere al pensamiento americano, se puede afirmar que este enfronte es de una peligrosa inmediatez, porque le quita al pensamiento la distancia necesaria para preservar su objetividad y porque, por otro lado, pasa a ser un pensamiento ganado y modulado por sus temas.

De este modo las obras americanas nunca presentan una filosofía pura, explícita, sino que lo que hay que buscar en los escritos americanos es una filosofía implícita, implicada y latente en el tratamiento de los más diversos temas. Tal es el caso de los pensadores clásicos de América: ALBERDI, RODÓ, SARMIENTO...

Filosofía implícita en otros temas, y filosofía aplicada a otras circunstancias, es el doble carácter que presenta el pensamiento americano al nivel histórico de la etapa positivista. De aquí surgen como de su fuente otros muchos caracteres que los autores le señalan como típicos: su fisonomía de filosofía práctica, política, pedagógica...

Es así cómo una larga etapa—la que va desde el positivismo hasta la época actual—se caracteriza por la presencia de filósofos-

educadores o de filósofos-políticos, a la manera de INGENIEROS y VAZ FERREIRA, que tan grande importancia social han tenido.

Este carácter social, de vital inmediatez con los demás, de estar a lo que presenten las circunstancias, es lo que hace de él un pensamiento circunstancial y asistemático. Por ello es que cierta vez me decía Cornelius Krusé que la filosofía americana era «Lebensphilosophie».

Pero si llevamos razón en lo que venimos exponiendo, hay que entender este término de «Lebensphilosophie» no como una meditación *sobre* la vida—lo que sería una auténtica filosofía de la vida—, sino como una filosofía *de* la vida, dependiente y arrastrada por las circunstancias y sus temas.

Puede afirmarse con seguridad que en la actualidad estos caracteres están rebasados, lo cual nos prueba que no pertenecían al módulo mismo del pensar americano, sino que eran simples características de un nivel cultural.

El carácter político, educacional, asistemático, circunstancial y literario, que fueron al comienzo notas que aparecieron en nuestra descripción, ahora caen a efectos del tiempo. O más exactamente: algunas notas no caen, sino que se transforman. Así, por ejemplo, en cuanto a la literatura. Si antes en los escritos filosóficos existía una preocupación por lo literario, era porque, a la vez, en ese mismo escrito se hacía filosofía y literatura. Ahora, en cambio, me parece notar que si los nuevos escritores recurren hoy a lo literario e incluso a lo poético, lo hacen por necesidades mismas del pensar. El carácter literario permanece, pero ha cambiado de sentido.

Lo mismo podríamos decir de los otros rasgos ya apuntados. Si esto es así, la filosofía americana continuaría siendo «Lebensphilosophie», aunque ya en el primer sentido indicado: como filosofía *sobre* la vida.

Pasemos ahora a indicar un segundo grupo de caracteres que ya señalábamos como más permanentes o condicionantes, en el sentido de que expresan las condiciones necesarias—aunque no suficientes—para el auténtico desarrollo de un pensamiento hispanoamericano.

Si bien el éxito del positivismo fué total en América, lo más interesante radica en saber *cómo* fué asimilado, qué carácter tuvo que adoptar o qué violencias tuvo que sufrir para penetrar tan hondamente.

Dejando de lado a BELLO, que tanto utilizó a los empiristas, aunque también tanto los modificó, es en el propio Ingenieros donde

más nítidamente se ve esta transformación del positivismo en un alma americana. Oigamos, si no, a Romero explicando la diferencia que va desde el positivismo europeo al positivismo americano: *El positivismo se caracteriza, taxativamente, por la exclusión de la metafísica. Ingenieros sienta su desacuerdo con esta posición, y no sólo afirma la legitimidad de la metafísica, sino su necesidad.*

Esta resuelta afirmación de la trascendencia, como en este caso en Ingenieros, constituye, a nuestro parecer, el rasgo más general de la filosofía actual hispanoamericana, si se exceptúa al filósofo pesimista ASTRADA. Por esto quizá el filósofo más representativo sea ROMERO, cuando en expresión tajante afirma que «ser es trascender». (Véase *Trascendencia y valor.)* Esta misma postura puede comprobarse en VIRASORO, VASALLO, ROUGÉS, VASCONCELOS, etcétera. Veamos, por ejemplo, un texto representativo de A. Rougès: *Con sobrada razón rectifica, pues, Francisco Romero a Heidegger afirmando la capacidad del hombre de trascenderse a sí mismo. (Las jerarquías del ser y la Eternidad,* pág. 13.)

Pero existe aún otro rasgo fundamental, sobre el cual quisiera llamar la atención. Y es lo siguiente: que si la filosofía no quiere ser una pura especulación de ideas, sino que debe basarse en una experiencia real de la cual se nutra y en la cual se enraice, entonces debemos afirmar que la *única* experiencia de gran calibre americana es la gran experiencia de la libertad, la experiencia por la libertad americana.

Esta nos parece ser la condición básica para que una filosofía hispanoamericana pueda presentarse como tal. La experiencia de la libertad es la gran experiencia del hombre americano. El hombre americano nace de una nueva y fecunda afirmación de la libertad humana, única experiencia plena que vivió, sufrió y pagó con su carne y con su espíritu.

Ya podrá el hombre americano importar doctrinas de Europa, pero si no fructifican en el terreno de su experiencia, poca o ninguna vida tendrán, permaneciendo siempre como trasplantes artificiosos y caedizos. En cambio, si logran echar raíces en su experiencia básica, vivirán una vida auténticamente americana porque serán nutridas de nuestra *única* fuente viva y real.

Estos son los rasgos y las condiciones necesarias para la existencia de una filosofía hispanoamericana, pero de hecho ¿existe un pensamiento que se condicione y a su vez se confirme en estos rasgos?

Los nombres que hemos tomado de lo mejor de nuestro pensa-

miento americano creen responder afirmativamente a tal cuestión. Sin embargo, esas notas parecen más bien la expresión de una intención, de un anhelo de nuestros pensadores, que los rasgos característicos emanantes de un cuerpo de doctrinas sólidamente fundamentado.

La frase de F. Romero: *En su fórmula postrera y definitiva el hombre no es, como piensa Heidegger, un ser para la muerte, sino un ser para el valor* («*Filosofía Contemporánea*», pág. 5). Esta frase, digo, me parece más bien la pía expresión de un deseo, que una refutación.

A nuestro modo de ver, la debilidad más grande de la filosofía hispanoamericana consiste en querer «dar vuelta» a la filosofía existencial, sin caer en que una tal inversión conserva el mismo fundamento que la primera versión.

Es decir, partiendo de los postulados de los existencialistas, por más retorcimientos lógicos que hagamos, jamás llegaremos a otros resultados que a los suyos, porque lo que es a lógica no le vamos a ganar a Heidegger.

El problema está en ir hacia nuevos fundamentos, bajar a profundidades aún mayores para luego, partiendo de nuevas bases, alcanzar resultados esta vez positivos.

Tengo para mí que este nuevo tipo de filosofía se está logrando precisamente no aquí, sino en España. Y si esta filosofía llega a consolidarse como esperamos, y si no nos equivocamos en que trascendencia y libertad son dos notas fundamentales del pensar americano, será éste, precisamente, el momento en que la filosofía española empalme y fecunde lo que en América es intención y ansia aún no saciadas.

Alberto del Campo.
Avenida España, 2.152.
MONTEVIDEO (Uruguay).

HISTORIA NOBILIARIA HISPANICA, por *José López de Toro.*

Dos méritos excepcionales se echan a ver en la primera lectura de este libro (1). Uno que pudiéramos llamar de postura y otro de procedimiento. Es el primero una actitud elegante y serena frente a un asunto tan fácil a las concesiones a la galería o a la selección. El título, prometedor y de altos vuelos: *Historia nobiliaria española,* aunque atenuado con la modestia del subtítulo: «Contribución a su estudio», ya podía tomarse como la gola que da empaque para sentar cátedra de linajes, señoríos, mayorazgos y títulos a base de la acostumbrada pirotecnia, que deslumbra aun a los que se las dan de enterados, porque siempre es agradable y viste bien tener prosapia brillante y ascendencia gloriosa. Y como cuando se toma un camino, sea en el orden que sea, ya es muy difícil abandonarlo, en este de la historia de la nobleza se han entretenido los competentes, más que en ir al fin directamente, en escoger las flores más amables de los linderos para ofrendarlas a los interesados en tejer con ellas sus coronas sin discernir la legitimidad de su posesión o la autenticidad del origen. Desterrada de este libro está la adulación de todo género, el lirismo tan del agrado de los historiadores, que a la vez fueron poetas en el siglo XVI, como le sucedió a Calvete de Estrella con sus incontables Elogios y Encomios a las principales familias de su tiempo, muchos de ellos publicados—como el del duque de Alba, el del cardenal Espinosa, etc.—y otros inéditos aún, como el de la familia y apellido de Lecca. Cuando por ellos pasaron unos siglos y perdieron la frescura de su actualidad palpitante, nos dan la sensación de un ramillete de flores de trapo arrinconado en un desván polvoriento. Aquí, por el contrario, perdurarán siempre vivas en su verdad objetiva lo mismo las aureolas de gloria que las espinas de la deshonra.

Es la otra excelencia de mayor significación en el campo de esta ciencia o rama de la Historia. La anterior se refería más bien a cualidades personales; ésta, en cambio, atañe estrictamente a la manera de hacer. No es éste el primer libro que ha salido a la luz pública sobre la materia. Tampoco será el último. Pero sí podemos asegurar que hasta ahora nadie lo hizo con la precisión y rigor del marqués del Saltillo. Si la ciencia se define: *cognitio rerum per causas,* hay que convenir que el calificativo de científico es el que más cuadra a esta *Historia de la nobleza* en sus dos aspectos de sangre y privilegio.

Comienza la obra con el origen de la nobleza y el análisis de las opiniones que se han emitido sobre ella, como el concepto de raza y de dominación, lo que lleva al autor a ocuparse del feudalismo y de la hidalguía en Castilla con sus variedades, exponiendo lo relativo a los infanzonados, la ricahombría y terminando con las diferencias regionales que en nuestra patria caracterizan a la misma. Hay una exposición geográficohistórica de los principales estados nobles, en los cuales se estudian en gran parte los de Castilla, Aragón y Cataluña; asimismo, la integración de esos estados por posteriores agregaciones.

(1) Marqués del Saltillo: *Historia nobiliaria española.* Maestre. Madrid, 1951. XVL+596 págs.

Esto conduce al autor a ocuparse de los mayorazgos y los señoríos, siendo la primera vez que se hace un estudio de conjunto de estos últimos, de su origen y desenvolvimiento, verdadera geografía nobiliaria de la Península; ya que se distinguen los señoríos formados por la desamortización eclesiástica desde la Bula de Clemente VII, de 1520, y los posteriores Papas, entre estos señoríos señala el de la villa de Corpa, que se refundió en una familia peruana de singular relieve en aquel virreinato. A continuación pasa a tratar de las ventas de vasallos en el siglo XVII, reseñando las de ciento sesenta y nueve lugares enajenados entonces.

El mayorazgo, derivado de la libertad de testar, a quien acertadamente denomina el nervio de la institución nobiliaria, ocupa el último capítulo de la obra, ya que su desarrollo será el objeto del tomo segundo. Hay en este tomo primero un párrafo dedicado a los mayorazgos de Indias que fueron regulados en la ley 20, título 33, libro II de la Recopilación de aquellos territorios. Dada la índole de esta revista, nos parece oportuno indicar algunos de los más importantes, como los llevados a cabo en Méjico por el primer conde de Regla, por don Francisco de Valdivielso, conde de San Mateo de Valparaíso, el marqués de Jaral de Berrio, el de Prado Alegre—don Miguel Sáinz de Sicilia—, y otros. Del Perú menciona los de don José de Tagle Bracho, don Pablo Vázquez de Velasco, los condes de Monteblanco, Villar de Fuentes, San Isidro y San Carlos. A continuación expone los relativos a Cuba, Venezuela y el Río de la Plata, cuyo pormenor nos llevaría a hacer muy extensa esta nota.

Completan este tomo cinco interesantes Apéndices, alguno de ellos como el Tratado de Floranes sobre los infanzonazgos, que es de indudable importancia para conocer la debatida cuestión del origen de la nobleza. La bibliografía recoge las principales publicaciones anteriores sobre el asunto, aportando datos nuevos a la conocida Biblioteca históricogenealógica, de don Juan Lucas Cortés, que publicó, apropiándosela, el diplomático danés Franckenau.

El feliz principio de esta publicación augura para los sucesivos tomos el más brillante éxito. Puede enorgullecerse su autor de ser con esta obra la figura máxima de la ciencia genealógica española.

José López de Toro.
Biblioteca Nacional.
MADRID.

CINTIO VITIER Y SU ULTIMA POESIA, por *Ricardo Gullón.*

QUIÉN, qué poeta cantará algún día la ubicuidad del español, la maravilla de esta poesía creada en un lenguaje común al borde de siete mares, enriqueciéndose por la diversidad de sus acentos y sus contrastes? De mar a mar vuelan las dulces palabras españolas, y el cantor distante, al decir como nosotros, se sitúa al nivel de nuestro corazón y no por distante resulta extraño. En la admirable dispersión del idioma radica una de las causas de su pujanza y del constante florecer de la poesía en lengua hispana. exaltada hoy en lugares, si geográficamente lejanos, próximos en espíritu.

En Cuba existe un movimiento poético vigoroso, del que dió testimonio la preciosa antología recopilada por Cintio Vitier hace poco más de dos años. Vitier es uno de los poetas del grupo que, partiendo del magisterio de José Lezama Lima, el mago de las sutiles transmutaciones, está renovando la poesía de su país. Esta renovación, importante en sí, lo es más en cuanto se advierte cuán espléndido venero lírico deja al descubierto. Por el momento no voy a estudiar lo que representa en la poesía de lengua española esa aportación colectiva, sino a dar cuenta de un interesante libro del propio Vitier.

Su última obra se titula *Sustancia,* y ha sido escrita después del viaje que el poeta hizo a Europa en el verano de 1949. No conozco bien su producción anterior (solamente *El hogar y el olvido*), pero el acento «europeo» de sus poemas no parece consecuencia de tal viaje, sino expresión de una sensibilidad. Hay en ellos algo que no es propiamente nostalgia (le falta el elemento saudoso, sentimental), sino más bien rememoración sereno de un clima ideal cuya ausencia pesa en el alma. Estamos ante una lírica ambiciosa que busca la *sustancia,* la esencia de realidades que no le basta conocer exteriormente; su estilo—Vitier mismo lo dijo—es «de penetración de la escondida realidad». Los signos que importan a tal poesía no se hacen visibles y es preciso captarlos en un rumor, en un silencio, en un olvido, para reconstituir sobre su gracia el edificio de los claros sueños, las sombras desnudas, las presencias secretas.

Ardua pretensión, sin duda. Para lograrla maneja Vitier una palabra en sazón, equilibrada, con zumo y destello, en el punto

necesario de ambigüedad. No una palabra impetuosa y reveladora, sino lenta y grávida de insinuaciones; en el tono semejante a un rumor, inteligible, y a su manera—manera poética—, precisa. En el verso concreta la sustancia, pues eso es la poesía: reducción última de las cosas, sentido profundo: sustancia.

Para Vitier la poesía, lejos de ser evasión, es ahincamiento en lo real. Hay quizá en *Sustancia* falta de imaginación, cierta conformidad, establecida de antemano, con las fronteras de una lírica que renuncia a lo ilimitado para llegar más hondo en el ámbito de lo posible. Pero sobre la mesura emergen brotes de pasión indecisa, esforzada en revelarse. Estoy pensando, por ejemplo, en el poema «Los juegos», con su mundo de sombras medrosas, agolpadas en su vulgaridad, al margen de la vida, asistiendo desde el frío de la costumbre al comienzo de una aventura realizable. Si analizamos este poema hallaremos voluntad de calar en espacios secretos, y esa voluntad infunde al verso la tensión de un instrumento hecho de dura luz para alcanzar con su lumbre los rincones del alma.

En otro poema, titulado «Lo imposible», el poeta aparece consciente de esa viva ansia sepultada en su corazón:

¡Oh eterna provincia, fondo
eterno ya de mi alma!

Y por ahí se encuentra el mejor Vitier, con su herida abierta y tanteando una revelación que le escapa, y no acaba de mostrarse según la intuye. En esta lucha se hace el poeta, a quien debemos gratitud por negarse al pintoresquismo, a la exterioridad intrascendente. Poeta de interior, su intención queda a salvo en la constante pesquisa del milagro revelador, de las iluminaciones fecundas.

Vitier, como otros líricos de Hispanoamérica, da a las palabras una inflexión especial, de suerte que su acento, resultándonos familiar, no es empero el acostumbrado. Del jugador, cuando reparte las cartas de la baraja, dice:

Corta el mazo, despáchalo tapado
en veloz abanico del Destino.

Un español no hubiera recurrido—seguramente—ni al sustantivo «mazo» ni al verbo «despachar». Pero si al lector de poesía pudieran parecerle poco comunes, el oído recoge ambas expresiones y las identifica en el acto, como adscritas a un lenguaje vero-

símil, nada insólito, en el curso del ejercicio a que se alude. El segundo verso, ágil y justa metáfora, doblemente expresiva en cuanto alude a dos órdenes de significaciones: el visual—«abanico» de las cartas desparramadas sobre la mesa—y el moral, a su vez comprensivo de dos implicaciones distintas: destino equiparado a suerte (el que ambos términos no sean sinónimos, lejos de estorbar, ayuda a henchir de posibilidades la palabra y, por tanto, el verso) y expresión de la fatalidad, de los designios de la Providencia.

Pero si este segundo verso es así de rico y certero—el adjetivo «veloz» sugiere con mucha exactitud la destreza del jugador en el reparto, y unido al resto de los términos empleados configura plásticamente la acción a que se refiere—, es verso «poético», más previsible incluso que el primero, incisivo en su concisa, inusitada expresividad. Véase cómo los dos verbos le dan dinamismo y eficacia al acumular dos actos en la realidad también rápidamente sucesivos.

Pretende Vitier captar el contenido de las vivencias. Del momento le importa lo que perdura, y su lírica se aleja de cuanto no pueda transmutarse en delgado zumo de eternidad. Su poesía nace en el combate interior, en la apasionada—y arriesgada—búsqueda de la perfección. La memoria alimenta sueños de nostalgia, y serles fiel constituye el honor del poeta. Esta memoria austera, esta nostalgia serena, alumbran poemas en que las cosas se dicen sigilosamente, en una media voz que exige oídos bien abiertos, solicitud en el lector y, desde luego, renunciamiento. Aunque alguna vez el verso parece producto de esfuerzo intelectual más que de intuición, este libro representa una noble tentativa de lograr rigurosa poesía, condensación extrema de las emociones originarias.

Ricardo Gullón.
Muelle, 22.
SANTANDER (España).

I CURSO DE FILOLOGIA HISPANICA EN SALAMANCA, por *Antonio F. Spencer.*

En el ambiente universitario creado en 1215 por el rey Don Alfonso IX, se ha realizado el I Curso Superior de Filología Hispánica. La Universidad de Salamanca que, después de treinta años de iniciadas sus labores, ganaba a mediados del siglo XIII el privilegio real concedido por el rey San Fernando, ha creado hoy, siguiendo su eterna ruta creadora, el primer curso de filología hispanica.

Si por las calles salmantinas ya no transitan los doce mil ingenios de que nos hablan las crónicas del XVII, ahora, en cambio, por esas mismas calles se ha visto caminar a universitarios y profesores de las primeras Universidades del mundo, deseosos de impregnarse del saber filológico que les ofrecía la antigua y siempre remozada Universidad de Salamanca.

En sus aulas, en sus bibliotecas, en sus librerías fueron todos estos hombres de ciencia poniéndose en contacto con el alma y la creación intelectual españolas. Si alguno vino receloso (influído por «la propaganda») del vacío intelectual de España, estamos seguros de que no tuvo suficiente «equipaje» para llevar en su viaje de retorno el caudal de las obras artísticas, literarias y filosóficas de la España presente, que es la misma España eterna. Nosotros contemplamos a suizos, a alemanes, a belgas, a hispanoamericanos que compraban, que gozaban, que comentaban la obra de este poeta, de aquel novelista, del libro de crítica literaria más recientemente publicado.

Estudioso de éstos hubo que, no sólo frecuentó las clases, sino que tuvo tiempo para verter a otro idioma poesías españolas e hispanoamericanas. Nos referimos a la excelente labor realizada por el hispanista y catedrático de la Universidad de Namour (Bélgica), doctor Louis Stinglhember, quien ha puesto en magnífico francés (para las ediciones Gallimard) 50 poetas españoles y 18 hispanoamericanos; siendo el número de poemas el siguiente: para los primeros, 120 poemas, y para los segundos, 80.

Haber realizado de modo magnífico, con resultados alentadores, este Curso de Filología Hispánica es labor que quedará para siempre inscrita entre las grandes fechas de la Universidad. La creación de este Curso no es sólo acertada por la eficacia científica ofrecida, sino también por lo que ha encerrado de vivo homenaje a don Ramón Menéndez Pidal, máximo creador de la Filología española y maestro de críticos literarios y lingüistas.

Las disciplinas del curso se distribuyeron del modo siguiente: Tres cursos de diecisiete lecciones sobre *Historia de la Lengua española, Gramática descriptiva del español* e *Historia de la Literatura española;* tres cursos de doce sobre *Dialectología hispánica, Fonética* y *Fonología españolas* e *Historia del Arte hispánico*, y diez cursillos monográficos, de cuatro cada uno de ellos, sobre *Historia contemporánea de España, Lenguas prelatinas de la Península, La poesía española actual, El pensamiento contemporáneo*, etc.

Asistieron al curso 30 profesores extranjeros y 40 españoles. Obtuvieron el título de *Diplomado en Filología hispánica*, después de sufrir exámenes escritos y orales, los 20 siguientes: doctor Albin Kuhn, catedrático de la Uni-

versidad alemana de Marburgo; doctor Hiran Peri, de la Universidad de Osaka (Japón); doctor José Palafox, catedrático de la Universidad Nacional de México; doctor Vicente Terán Erquicia, inspector de Escuelas y Liceos nacionales de Bolivia. Y los profesores: Srta. Olga Andrés Rodríguez, de San Pablo *(Brasil)*; Cristóbal Mervilus *(Haití)*; Derch Reginald Wagg *(Inglaterra)*; Françoise Gauthier *(Canadá)*; Antonio Fernández Spencer *(R. Dominicana)*; Alfonso García Iglesias *(Cuba)*; Luis Alfonso Rech *(Paraguay)*; Luis Ordenes *(Chile)*; Raffaello Mario Solidone *(Italia)*; Luigia Bonicalzi *(Italia)*; Humberto Toscano *(Ecuador)*, y Víctor Ged *(Siria)*.

Las disciplinas del curso fueron expuestas por los más eminentes catedráticos de las principales Universidades de España. Entre otros, recordemos a Antonio Tovar, a Rafael Lapesa, a don Manuel Blanco, a Julio Caro Baroja, etc. Fué secretario del curso el doctor Fernando Lázaro Carreter, a quien se debe, en gran parte, el éxito de su organización.

Catedráticos de Universidades europeas y del Asia, como Albin Kuhn y Hiram Peri, dictaron, fuera del programa del curso, interesantes lecciones. El primero nos habló de Geografía lingüística, y el segundo, del importante problema de la primitiva lírica española, que hoy es el tema más apasionante de las lenguas románicas a partir de los recientes descubrimientos de Stern, y que ahora se ha enriquecido con los del famoso arabista español don Emilio García Gómez y con la impulsiva valoración de Dámaso Alonso, que, justo es consignarlo, es quien ha señalado, con penetrante interpretación, la importancia de los descubrimientos.

El día 27 de mayo de 1951 quedó clausurado el Curso. La venerable figura de don Ramón Menéndez Pidal dictó, en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, la última lección del Curso. La voz magistral se levantó en un ambiente de respetuosa acogida al gran maestro de varias generaciones de españoles e hispanoamericanos. La lección del ilustre polígrafo fué una breve y excelente exposición de las raíces comunes y, sobre todo, de los antagonismos que distinguen la poesía épica española de la francesa. Menéndez Pidal, máxima autoridad en la lengua castellana, conocedor como ninguno de la poesía y literaturas de la época medieval, investigador constante de la ciencia literaria, nos mostró en su disertación el fruto de profundos estudios y la limpieza y tersura de su dicción, nunca tan sencilla y castellana.

Antonio F. Spencer.
Vicente Celestino Duarte, 37.
CIUDAD TRUJILLO (R. Dominicana)

UN NUEVO LIBRO DEL ARGENTINO DERISI, por *Emilio Lledó*.

Es hoy importante precisar qué sea el hombre como conciencia presente en el mundo. Profundizar en el sentido de ese título, nunca más sugestivo que hoy, con que Scheler bautizó uno de sus libros, *El puesto del hombre en el cosmos*. El estudio de Derisi es un intento y una aportación desde el campo de la Filosofía tomista. La obra, como dice el autor en el prólogo, está formada por varios trabajos que ya fueron publicados, a excepción de los dos últimos capítulos. Sin embargo, no es una reunión de ensayos breves, sino que se trata de «una obra orgánicamente una». El problema de la persona lo coloca entre los dos extremos: Idealismo y positivismo empirista, dentro del cual incluye el existencialismo. Situado, pues, en el realismo crítico de Santo Tomás, y desde esta base «las notas propias de la vida personal subrayadas con vigor por ciertas corrientes de la filosofía contemporánea, son restituídas y reinjertadas en su raíz sustancial».

Toda la obra es, por consiguiente, una exposición clara de la doctrina tomista de la persona. El autor ha dado otros trabajos dentro de esta orientación, por ejemplo, *Filosofía moderna y Filosofía tomista*, premio nacional de filosofía de la República Argentina 1945. *La doctrina de la inteligencia en Aristóteles y Santo Tomás*, 1945, y otros a los que insistentemente se remite en el transcurso de la obra comentada.

En el capítulo primero se diseña una fenomenología y una ontología de la persona. El segundo traza la Metafísica del conocimiento tal como es concebida por Aristóteles y Santo Tomás, haciendo resaltar la «inmaterialidad» de este mismo conocimiento. El capítulo tercero versa sobre el origen del problema moral, donde se abordan las tesis tomistas de la voluntad, el bien, objetos formal de la inteligencia y la voluntad, etc. El capítulo cuarto, «Dimensiones de la persona y el ámbito de la cultura», explica conceptos ya definidos en los capítulos anteriores y se habla del tema de la cultura «como obra del perfeccionamiento de la persona». El capítulo quinto trata de la persona humana en su triple trascendencia objetiva real y divina. La persona se enfrenta con el Ser divino en el modo de presencia de alguien frente a Alguien. Cuando el hom-

(1) Octavio N. Derisi: *La persona*. Su esencia, su vida y su mundo. Univ. Nac. de La Plata. La Plata, 1950. 394 págs.

bre no puede salir de su inmanencia y su trascender huye del contacto con la suprema trascendencia, «queda en soledad». Es sugerente toda la exposición de la doctrina de la soledad que constituye la esencia de la intimidad humana, adonde no llega ya ni la mirada ni la voz de la exterioridad; la propia conciencia es una nada para el Universo entero. Esta soledad profunda sólo puede ser clarificada si toda ella queda iluminada por la Presencia trascendente. Se estudia en el capítulo sexto la persona «individuo y sociedad». Considera, pues, al hombre como habitante de dos mundos, el mundo de la materia y el mundo del espíritu. Para explicarnos el concepto del hombre-individuo, el autor nos enseña la teoría tomista de la individuación; examina después al hombre como persona, y como tal, parte integrante de una sociedad. El capítulo séptimo trata de los caracteres antagónicos de la persona, y se habla más ampliamente de la soledad de la persona frente a los otros seres finitos; ella constituye la esencia de la intimidad; por esto, aun en el caso del amor, los amantes no pueden pasar de esa unión intencional, choca con la barrera de la inmanencia real en la soledad de la persona, «en sí misma ónticamente impenetrable e inintegrable en un contacto espiritual e inmediato con otro ser que no sea el de Dios».

El capítulo final se enfrenta con el problema del humanismo, que ha de ser definido, para que sea auténtico, por los dos términos *a quo* y *ad quem;* sin ellos es imposible la constitución de una existencia auténtica; el humanismo antropocéntrico, que surge en el Renacimiento y que culmina en el existencialismo contemporáneo, cerrado dentro del ámbito del hombre y constituyéndole como centro y como fin, es inadmisible. Un breve epílogo cierra la obra, que pretende llevarnos más allá de la filosofía de la persona; «las desgracias y los horrores de la vida de nuestro tiempo nos han robado la fe en la persona humana; está patente la finitud y contingencia del ser del hombre, que sólo puede hallar sentido en una plena trascendencia hacia la Persona Suprema».

«DE REBUS INDICIS», DE CALVETE, PUESTO EN CASTELLANO POR LOPEZ DE TORO,

por *L. García Ejarque.*

Si todo libro tiene su destino más o menos accidentado, el presente de Calvete de Estrella (1) lo tuvo en extremo azaroso. Desde su gestación hasta su actual publicación, ha pasado por todas las vicisitudes internas y externas que le pueden ocurrir a un libro de la mayor importancia. La ambición de su autor fué más alto de lo que en realidad se podía esperar de él como historiador. Veintiún libros proyectaba que tuviera, y quedó únicamente en siete; de ellos, los cuatro primeros al menos, no puede decirse que sean de su exclusiva propiedad, y los restantes, sólo son un amasijo de arengas, detalles nimios y noticias históricas, algunas de verdadera importancia, pero las más completamente sabidas. Con este libro en proyecto ya aspiraba Calvete a que se le concediera la plaza de cronista de Indias, prometiendo levantar hasta las nubes la gloria de Felipe II mediante esta historia de Indias escrita en latín como ningún otro lo podía hacer, dado que los que contra él maquinaban en la corte no lo hacían llevados de otras miras que las de la envidia para estorbarle la consecución de dicha plaza.

Así se desprende de los documentos aportados por López de Toro en la introducción previa. Aunque estos documentos estaban reseñados en el catálogo que del British Museum hizo Gayangos, no han sido dados a conocer hasta ahora, y marcan un hito de importancia en la historia interna del libro. Sea por la causa que fuere, el manuscrito original quedó extremadamente reducido en relación con el proyecto; pero el fin último propuesto por Calvete se consiguió plenamente: la justificación histórica y jurídica de Vaca de Castro, realizada sobre todo en los últimos libros.

En los precedentes—donde se encuentra todo el meollo de este libro como historia—ofrece Calvete uno de los casos más peculiares del procedimiento técnico de los escritores de Indias en el siglo XVI. Nuestro autor resolvió el problema de la forma más elegante que cabía hacer a un escritor original, sin darse por aludido más que indirectamente respecto de la existencia de obras anteriores sobre la misma materia. En alguna que otra ocasión, a través de las páginas de esta historia se discriminan las noticias aportadas a ello por López de Gomara, Zárate y Cieza de León. Mas su trascendencia es tan corta que no merecía la pena haberse detenido en refutación o aclaración de puntos tan poco fundamentales. Ahora bien: dada la finalidad de que el libro trascendiera los ámbitos de la nación y fuera leído por todas las personas cultas de la época, no hay inconveniente en afirmar que Calvete rebasó airosamente las exigencias de un lenguaje universal, como los clásicos resolvieron las de sus historias. El latín de Calvete admite la comparación con cualquiera de ellos sin desdoro ni menoscabo para él. Hablamos exclusivamente de la obra *De Rebus Indicis.*

---

(1) JUAN CRISTÓBAL CALVETE DE ESTRELLA: *De Rebus Indicis.* Traducción, estudio, notas y prólogo de José López de Toro. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. Madrid, 1950. 2 vols.

Si meritorio es el libro en el lenguaje, no lo es menos en su estructura histórica. En él se hallan condensados los tres historiadores cumbres de las Indias. Mucho se habló hasta ahora del manuscrito *De Rebus Indicis*, muchos lo citaron sin haberlo visto siquiera y hasta hubo autor que se glorió de haberlo descubierto sin haber leído siquiera unas páginas de su texto. Pero el encontrarle las fuentes de una forma tan concreta y sin veladuras, el estudiarlo en sus mismas entrañas, en labor pacienzuda y exhaustiva, es sólo trabajo que hay que atribuir a José López de Toro.

Pese a la extensión que se le dedica a la historia externa del manuscrito en su estudio previo, es justo resaltar el valor de verdadera investigación que ella tiene. De ella se exhuman cartas de Cerdá y Rico hasta ahora desconocidas y alusivas directamente al manuscrito, aparte de la recopilación de todas las noticias que sobre su existencia andaban dispersas en múltiples autores.

Otra cuestión en la que el prologuista va más adelante que cualquier otro en la biografía de Calvete, es la de si realmente este último fué o no nombrado cronista, a pesar de sus reiteradas instancias demandándolo. Aun faltando el nombramiento oficial, es inapelable que lo fué, ya que figura como cronista en las listas de la Contaduría Mayor, cobrando sueldo en razón de ello, según se desprende del documento aportado por López de Toro en último lugar, como argumento de mayor peso sobre esta materia.

En estos dos primeros tomos, donde se nos dan únicamente el estudio y el texto latino con las notas, encontrarán los investigadores que quieran hacer las citas directas el material necesario para ello. Los tomos siguientes comprenderán la traducción realizada por López de Toro, y van destinados al gran público.

LA REFORMA DEL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS, por *Joaquín E. Thomas.*

LETRADO de las Cortes españolas, catedrático, diplomático y publicista que ha abarcado ya en sus obras aspectos muy diversos y amplios de la Sociología y el Derecho Político, no cabe duda de que el autor se encuentra especialmente cualificado y en excelente posición para analizar con detenimiento y exponer con precisión los antecedentes, gestación y consecuencias de la Legislative Reorganisation Act con que, en 1946, los Estados Unidos han hecho el más considerable intento, en lo que va de siglo, de remozar sus instituciones legislativas y adaptarlas a la realidad política, tal como

ésta viene impuesta por las necesidades sociales, cada vez más complejas, de la época presente (1).

Pero el propósito de Fraga ha sido, indudablemente, hacer algo más que una simple exposición comentada del hecho concreto a que el título alude y de sus consecuencias en el orden político-legislativo. Bajo ese enunciado, el contenido se divide en cuatro partes, de las cuales la primera, que modestamente se anuncia como introducción, constituye en realidad un brillante ensayo sobre la crisis del Derecho Constitucional clásico y sobre la necesidad de su reforma si se quiere conservar al principio representativo en política todo el vigor y la fuerza precisos para ser algo más que fórmulas vacías incapaces de traducir, a través de una ficción inoperante, la voluntad de los representados.

Señala Fraga este peligro, y, partiendo de la dualidad Derecho y Política, subraya la urgencia de lograr su acuerdo mediante un aparato técnico y de procedimiento que, apoyado en una necesaria elaboración de la teoría del poder, sea instrumento eficaz de creación de la normatividad jurídica. Problema técnico que ha de incluirse, como indica acertadamente, en la tendencia a la racionalización funcional que caracteriza hoy al desarrollo de todos los aspectos del sistema social. Y de esta inclusión surge la necesidad de cambiar, o mejor dicho, de estructurar de nuevo un sistema pensado y creado para organizaciones políticas cuyas fachadas, es cierto, permanecen, pero cuyos supuestos sociológicos son ya fundamentalmente diferentes.

Hace el autor a continuación un penetrante análisis del fenómeno representativo, subrayando la importancia de una adecuada relación e interconexión entre las funciones de gobierno y gestión y las de inspección y control, que cada día van adquiriendo mayor importancia al lado de la propiamente legislativa; y de ahí pasa a exponer los diferentes aspectos que presenta la innegable crisis del Parlamento en cuanto a institución, y que arrancando de la que pudiéramos considerar crisis de finalidad, que el autor llama crisis de misión, pasa por diversos momentos que merecen consideraciones separadas.

Entre estos momentos se distingue aquí entre crisis de la estructura y organización parlamentaria, crisis de disciplina política en sus miembros; crisis de las funciones legislativa y presupuestaria, y, finalmente, de sus relaciones con el ejecutivo. Abundan en esta

(1) Manuel Fraga Iribarne: *La reforma del Congreso de los Estados Unidos* (La L. R. A. de 1946). Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1951.

parte del libro sugerencias e incluso interpretaciones, afortunadas siempre las primeras y sugestivas las segundas.

En la parte expositiva, el cuadro trazado de las instituciones representativas norteamericanas en su origen, su evolución y su situación actual, constituye la apreciación crítica más completa de que hoy pueden disponer en castellano los estudiosos de la materia. Comenzando por una descripción del Congreso y de sus funciones según la constitución de 1787, continúa por un estudio de las atribuciones representativas y procedimiento electivo de sus miembros y de las incompatibilidades y privilegios inherentes a su función; expone el juego de los partidos dentro de las Cámaras, así como la organización reglamentaria de éstas en Mesa y Comisiones y las reglas de procedimiento propias de la Cámara de Representantes y del Senado.

A continuación, tras plantear los términos generales de la reorganización del sistema efectuada en 1946, dedica particular atención a la reforma del sistema de Comisiones, que constituye una de las partes más importantes, por su trascendencia práctica, de la Legislative Reorganisation Act; a los organismos y elementos de asistencia técnica y al personal del Congreso y a sus relaciones con el poder ejecutivo.

De los restantes aspectos a los que se presta consideración, dos merecen especialmente señalarse: la función de control de la administración, que si en todos los países va creciendo en importancia, la tiene aún más en una nación como la norteamericana, que concibe su propia estructura gubernamental a la manera de empresa gestora de un gigantesco sindicato económico; y el notable y característico fenómeno del «dobbyism», al que la ley reorganizadora dedica todo un título, que constituye en realidad una ley autónoma con el título de Federal Regulation of Lobbying Act.

Como final, expone el autor las consecuencias que hasta el presente se han podido apreciar como resultado de la reforma, que si bien no pudo implantarse tan radical y eficazmente como preconizaba el proyecto, no por eso ha dejado de hacer patentes sus favorables efectos, abriendo así un más amplio cauce de opinión para nuevas y futuras reorganizaciones quizá de mayor envergadura o, al menos, de más efectiva trascendencia práctica.

La obra va enriquecida con una amplia bibliografía y tres apéndices, que reproducen los textos del Dictamen de la Comisión encargada de estudiar la reorganización del Congreso, generalmente designada con el nombre de Comisión La Follette, por el senador

que la presidió; de la Legislative Reorganisation Act, y del informe que en diciembre de 1949 emitió el Comité Nacional para reforzar el Congreso, y que constituye en realidad una exposición de los resultados conseguidos por la ley antes citada.

Asimismo avala al libro un jugoso, aunque breve, prólogo de Carlos Ruiz del Castillo.

De todo ello, es la introducción, a nuestro juicio, la parte más interesante, por ser la de contenido más amplio y de elaboración más personal; sólo cabe lamentar en ella la escasa dimensión que le venía impuesta por su propia función, meramente preliminar, dentro del conjunto. Pero si, como el autor acertadamente indica, en el campo de la política la teoría sigue muchas veces a la acción para justificarla y encauzarla, confiemos en que Manuel Fraga Iribarne nos presente en un día no muy lejano una interpretación general y constructiva de esa evolución de formas, funciones y calidades representativas de los órganos colegiados legislativos, que matiza de modo tan notorio el fenómeno político en nuestro tiempo.

J. E. T.

REFLEXION SOBRE FRANCISCO ROMERO, por *Rafael Gutiérrez Girardot.*

El último libro de Francisco Romero (1)—y otros suyos anteriores—es una muestra de los muchos modos con que el intelectual hispanoamericano elude la responsabilidad. Comprometerse públicamente—y hacerlo constar—al alumbramiento de una *cultura autóctona*—sospechosamente folklórica—para justificar la deficiencia del trabajo, equivale a esconder la cabeza, como el avestruz. El indigenismo oculta su actitud en la piel cobriza. El americanismo a ultranza no ve, o no quiere ver más allá de las selvas, el clima y la exuberancia tropical. La misión de Hispanoamérica—se repite con fastidiosa frecuencia—es la de conversar, desarrollar y salvar, por encima de estas dos actitudes, la cultura de Occidente. Más, mucho más que eso, es nuestro destino: ponernos a la altura de lo que en realidad somos: occidentales.

Por eso, al pensar en la gozosa anunciación de una etapa de *normalidad filosófica* hispanoamericana, hecha hace ya años por el mismo Romero, y repasar el fruto de esa etapa, no podemos por menos que desconfiar de quien lo ha hecho. El promedio de la producción filosófica hispanoamericana lo calcula

(1) *El hombre y la cultura.* Colección Austral, núm. 940. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1950. 147 páginas.

Risieri Frondizi en algo más de un centenar de libros por año. ¿A qué dudar, pues, si tan alentador cálculo constituye suficiente prueba en contrario? Nos atreveríamos a preguntar, sin embargo, si ese creciente interés de nuestros pueblos por la filosofía—auténtico interés discutible, por otra parte—no obedece más bien a un fenómeno bastante más universal. Julián Benda lo ha llamado la «democratización de la filosofía». *(La tradition de l'existentialisme.* N. R. F. París, 1944.) Síntomas de este fenómeno en Hispanoamérica son los libros llamados de divulgación filosófica. Pero dudamos del carácter rigurosamente filosófico—con toda la gravedad que demanda el adjetivo—de este tipo de obras. No creemos que libros como los de Andrés Avelino, Ramón Insúa Rodríguez, José Sánchez Villaseñor y tantos otros de igual factura, que son los más, sean reveladores de la etapa de *normalidad filosófica* que Francisco Romero ha gustado en anunciar.

El hombre y la cultura pertenece, sin duda, a la clase de obras divulgadoras. Laudable, por cierto, es el propósito. Pero el entusiasmo no debe llevarnos más allá. Temas intrascendentes y viejos (v. gr., *El positivismo y la crisis, En torno a la idea de progreso, Una maestra argentina, Apunte sobre el «alacraneo»*, algunos de los que componen el libro de Romero) jamás podrán incitar y orientar, como no sea a costa de la adecuada información, que tanto precisan nuestros pueblos.

Hacía notar Julián Marías, en una reciente conferencia dada en Madrid, la decadencia del ensayo y el favor de los tratados. El número de páginas, desde luego, no es argumento en pro de los segundos. Pero descubre un ambiente, más visible al observar el ocaso de las conferencias y el auge de los cursos académicos: la inteligencia comienza a huir de la escena, del teatro, de la masa. Proféticamente lo ha visto Hermann Hesse en *El juego de abalorios*, irónica y deliciosa crítica de la frivolidad «folletinesca»—como él dice—de nuestro tiempo. Nos inclinamos a creer que algunos libros de Romero—«folletines» (conferencias, notas y apuntes) encuadernados—representan en Hispanoamérica esta manera, ya decadente, de hacer cultura.

No reprochamos a Romero la publicación de su libro porque sus pensamientos nos parezcan o no acertados o discutibles. Diseminados e inorgánicos, lo que habría que discutir está vagamente formulado. Reprochamos, ante todo, su actitud fácil, por ser Romero quien es, es decir, por el prestigio y la alta misión directora que, por él, le corresponde. Como esperanza, por el momento, nos ha defraudado.

Una doble lección, múltiple si se quiere, hallamos en este caso. El convencimiento, en primer término, de que el ambiente cultural hispanoamericano —digámoslo con sinceridad, que a nadie perjudica—, laxo y poco exigente, lleva al intelectual por caminos falsos, brillantes tal vez, pero infecundos. Dedúcese lógicamente, en segundo término, que hablar de una etapa de normalidad filosófica en culturas vacías e inconsistentes es apresurado. Más ejemplar es la actitud de Wagner de Reyna, por ejemplo, quien con minucioso consejo traza, primero, un plan mínimo de estudios filosóficos que impidan la superficialidad. Más ejemplar, la obra ingente de Henríquez Ureña; la callada labor de Samuel Ramos; la seria y rigurosa investigación de algunos miembros de la Sociedad Peruana de Filosofía, para citar las pocas muestras de que disponemos.

El optimismo desenfrenado nos pierde. Ponernos a la altura de Occidente requiere, no hay duda ninguna, más esfuerzo que crear del barro de nuestra América una cultura a base de fantasmas y especulaciones. Y nada quita que en esta labor de nivelación la peculiaridad de nuestros hombres—indio, mestizo, blanco, etc.—perfile la originalidad del producto.

Rafael Gutiérrez Girardot.
Carrera, 15, núms. 46-90.
BOGOTÁ (Colombia).

3